

Mar
22
Ene
2013

Evangelio del día

Segunda semana del Tiempo Ordinario - Año Impar
Hoy celebramos: San Vicente (22 de Enero)

“El sábado se hizo para el hombre y no el hombre para el sábado”

Primera lectura

Lectura de la carta a los Hebreos 6,10-20:

Hermanos:

Dios no es injusto como para olvidarse de vuestro trabajo y del amor que le habéis demostrado sirviendo a los santos ahora igual que antes.

Deseamos que cada uno de vosotros demuestre el mismo empeño hasta el final, para que se cumpla vuestra esperanza; y no seáis indolentes, sino imitad a los que, con fe y perseverancia, consiguen lo prometido.

Cuando Dios hizo la promesa a Abrahán, no teniendo a nadie mayor por quien jurar, juró por sí mismo, diciendo:

«Te llenaré de bendiciones

y te multiplicaré abundantemente»;

y así, perseverando, alcanzó lo prometido.

Los hombres juran por alguien mayor, y, con la garantía del juramento, queda zanjada toda discusión.

De la misma manera, queriendo Dios demostrar a los beneficiarios de la promesa la inmutabilidad de su designio, se comprometió con juramento, para que por dos cosas inmutables, en las que es imposible que Dios mienta, cobremos ánimos y fuerza los que buscamos refugio en él, aferrándonos a la esperanza que tenemos delante. La cual es para nosotros como anda del alma, segura y firme, que penetra más allá de la cortina, donde entró, como precursor, por nosotros, Jesús, Sumo Sacerdote para siempre según el rito de Melquisedec.

Salmo de hoy

Sal 110,1-2.4-5.9.10c R/. El Señor recuerda siempre su alianza

Doy gracias al Señor de todo corazón,
en compañía de los rectos, en la asamblea.
Grandes son las obras del Señor,
dignas de estudio para los que las aman. R/.

Ha hecho maravillas memorables,
el Señor es piadoso y clemente.
Él da alimento a los que lo temen
recordando siempre su alianza. R/.

Envío la redención a su pueblo,
ratificó para siempre su alianza.
Su nombre es sagrado y temible.
La alabanza del Señor dura por siempre. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Marcos 2,23-28

Sucedió que un sábado Jesús atravesaba un sembrado, y sus discípulos, mientras caminaban, iban arrancando espigas.

Los fariseos le preguntan:

«Mira, ¿por qué hacen en sábado lo que no está permitido?».

Él les responde:

«¿No habéis leído nunca lo que hizo David, cuando él y sus hombres se vieron faltos y con hambre, cómo entró en la casa de Dios, en tiempo del sumo sacerdote Abiatar, comió de los panes de la proposición, que solo está permitido comer a los sacerdotes, y se los dio también a quienes estaban con él?».

Y les decía:

«El sábado se hizo para el hombre y no el hombre para el sábado; así que el Hijo del hombre es señor también del sábado».

Reflexión del Evangelio de hoy

Hoy, en la Carta a los Hebreos, se nos anima a no cansarnos en nuestra vida espiritual, o sea, a la perseverancia. El argumento es que “Dios no se olvida de nuestro trabajo y del amor que le hemos demostrado”.

En el Evangelio, continúa la confrontación de Jesús con los fariseos. Primero había sido por el perdón de los pecados, algo que, atinadamente,

decían que era propio de Dios; siguió, luego, el problema y la interpretación del ayuno, de cuya práctica se separaban Jesús y sus discípulos. Y, hoy - no será el único día- surge la polémica sobre el sábado, una de las instituciones más sagradas de la religiosidad judía y, por tanto, para ellos intocable.

La Ley y el amor

Toda sociedad bien organizada necesita normas y leyes. Normas y leyes al servicio del amor, la libertad y la alegría. Cuando las leyes ahogan, esclavizan o, sencillamente, en lugar de humanizar, deshumanizan, no sólo no sirven sino, al no cumplir el papel y finalidad que les corresponde, se convierten en estorbos y ataduras, en algunos casos, insoportables.

Esto pasaba en tiempos de Jesús con la infinidad de normas y leyes, prohibitivas y normativas, que tenían y defendían los fariseos. "Coger espigas" en sábado, era una de las treinta y nueve formas de violar la Ley del sábado según algunas de las Escuelas de Israel.

Amar, amar a Dios, lo mismo que creer en él, no se garantiza con la integridad legal, ritual o moral. Más bien, es al revés. Esa integridad nace de Dios y no se suele llegar a ella más que amando. Dicho de otra forma, el desamor es compatible con el legalismo; y nunca lo es con la fe y el conocimiento de Dios, al menos del Dios mostrado por Jesús de Nazaret.

El hombre y el sábado

Jesús defiende a sus discípulos, acusados por los fariseos de violar el sábado. Y lo hace con tres argumentos. El primero, la conducta de David, autoridad, más que respetable, indiscutible para los fariseos, cuando huyendo él y sus compañeros de Saúl y hambrientos, comieron de los panes del Templo reservados por la Ley para los sacerdotes. Mateo, en el lugar paralelo (12,1) dice que los discípulos "tenían hambre". El segundo argumento, en forma de principio, es el más importante: "El sábado se hizo para el hombre, y no el hombre para el sábado". Esa fue la idea y la intención del legislador. En el Pentateuco, la ley del sábado aparece como una ley pensada para el bienestar y descanso del hombre. Se ordena el descanso a todos, amos y siervos, y hasta a los animales, para celebrar y recordar la liberación de Egipto (Dt 5,12). Se trata de sentirse más libres, más humanos, más felices y agradecidos. Todo lo contrario de la interpretación de los fariseos. El tercero, y último es la autoridad de Jesús, "Señor también del sábado", por tanto al margen y por encima de las restricciones de los fariseos.

Este tendría que ser el sentido de nuestra celebración dominical. Por encima de todo legalismo moral, el domingo está para contactar con Dios, para encontrarnos con él y con la comunidad, y para nuestro propio bien. Para descansar del trabajo y disfrutar con los hermanos del descanso de la mente y del cuerpo, dando a Dios el culto que no podemos tributarle el resto de la semana.



Fray Hermelindo Fernández Rodríguez
(1938-2018)

San Vicente

San Vicente ha quedado para siempre vinculado a Valencia, aunque su lugar de nacimiento parece que fue la ciudad de Huesca. Es verdad que no disponemos de fuentes precisas para aclarar los comienzos del cristianismo en la ciudad del Turia. Era colonia romana desde mediados del siglo I a.C., y se descubre ya actividad de los cristianos en la región a finales del siglo III; antes parece que no hubo una presencia significativa de comunidades cristianas.

A comienzos del siglo IV y en plena persecución de Diocleciano tuvo lugar el «martirio de San Vicente», uno de los santos del cristianismo antiguo que alcanzó mayor popularidad en todas las épocas. «San Vicente, mártir de Valencia —escribe Ángel Fábrega Grau—, es sin duda uno de los mártires no sólo de España, sino de toda la Iglesia que obtuvo un culto más espléndido y universal desde los tiempos más remotos» (Pasionario Hispánico (siglos VII-XII, Madrid-Barcelona, 1953, T. I, p. 92).

Son varios los datos que tenemos históricamente ciertos. Era diácono de la iglesia Caesaraugustana; fue apresado en esta ciudad de Zaragoza y llevado a la de Valencia en compañía de su obispo, Valero, o Valerio, hacia el 304/305. Puede que el procónsul o juez Daciano la eligiera por el escaso peso específico que tenían todavía en ella los seguidores de Cristo. No se dispone de actas del martirio propiamente proconsulares, es decir, redactadas en el momento mismo del proceso por funcionarios romanos. Su memoria, sin embargo, transmitida al comienzo de forma oral, se recogió después en «pasiones», y de ellas se hicieron eco en sermones y composiciones poéticas. A comienzos del siglo V se conocía ya una «pasión» cuya lectura escuchaba en la liturgia San Agustín y muchos de sus contemporáneos; el aniversario de la muerte se celebraba el 22 de enero. El relato recogía los pormenores de la prisión, proceso, torturas, muerte y ventura que corrió su cadáver; se fecha con toda probabilidad en los últimos años del siglo IV; por tanto, a una distancia de casi cien años de su muerte.

[...] Fue mártir de la particular devoción de San Agustín. En diferentes años predicó en el día de su fiesta y han llegado a nosotros cinco sermones suyos. Contemplaba la victoria total de San Vicente en la persecución, interrogatorio y tortura; venció en la muerte, venció una vez muerto. Su fortaleza la recibió de Cristo, que antes había derramado la sangre por él.

Todo lo superó con la ayuda del Señor —exclama en el sermón 275—, combatiendo en dura lucha contra las asechanzas del antiguo enemigo, contra la crueldad del juez impío, contra los dolores de la carne mortal. «Daba la impresión de ser uno el atormentado y otro el que hablaba. Y efectivamente era otro; el Señor lo había predicho y prometido a sus mártires, diciendo: No sois vosotros los que habláis, sino el Espíritu de vuestro Padre quien habla en vosotros (Mt 10, 20).

[...] ¡Qué belleza de alma tendría aquél hasta cuyo cadáver resultó invicto —escribía en el Sermón 277—. «Dios concede a sus iglesias los cuerpos de los santos no para gloria de los mártires, sino para que se conviertan en lugares de oración». A este propósito podría recordarse la devoción que tenía Santo Domingo a San Vicente, tal como asegura un autor del siglo XIII, Esteban de Salagnac: «El padre Santo (Domingo) visitaba frecuentemente y de buen grado los lugares de oración y los sepulcros de los santos, y no pasaba de largo como nube sin lluvia, sino que allí, en oración, juntaba más de una vez el día con la noche. Con más frecuencia, sin embargo, siempre que se presentaba la ocasión, se retiraba a la villa llamada Castres, en la diócesis de Albí, limítrofe con la de Toulouse. Le movía la reverencia y devoción al santísimo levita Vicente, cuyo cuerpo sin duda alguna se reconoce y es cierto que reposa allí» (L. Galmés - V. T. Gómez, Santo Domingo de Guzmán, fuentes para su conocimiento, Madrid, BAC, 1987, p. 693).

Tras la paz constantiniana (313) se trasladó su cuerpo junto a la vía Augusta, a un kilómetro de la ciudad de Valencia; sobre su sepulcro se levantó después una basílica. En su entorno se estableció una comunidad de monjes hispano-romanos. Monasterio y basílica permanecieron durante la época de dominación musulmana. Algunas de sus reliquias se fueron dispersando por diferentes partes de España, Francia e Italia, principalmente. A partir del siglo IX se habla de «traslaciones del cuerpo entre otros lugares, al monasterio benedictino de Castres, en el Languedoc.

Fr. Vito T. Gómez García O.P.